

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Estar a sus pies como María

Lucas 10:38-42

“El Varón de dolores” raras veces pudo beber un poco de agua del arroyo “en el camino” (Salmo 110:7). Aislado, como estaba, sin un lugar dónde recostar su cabeza, al final de su vida terrenal halló en Betania su “casa”. En efecto, allí tenía su verdadera familia, que formaba parte de aquellos a quienes llamaba “mi madre y mis hermanos”, porque escuchaban la palabra de Dios y la ponían en práctica (Lucas 8:21).

Sin duda alguna, los tres hermanos también formaban parte de “los suyos que estaban en el mundo”, amados en el pasado, amados en el presente y amados hasta el fin (Juan 13:1). Su amor era conocido allí (“el que amas está enfermo”), apreciado individualmente (“amaba Jesús a Marta, y a su hermana y a Lázaro”, cap. 11:3, 5), y allí encontraba las respuestas a su amor.

La hospitalidad que manifestaban hacia Jesús era una de estas respuestas. En casa de Simón el fariseo (Lucas 7:36-50), el Señor no fue objeto de las atenciones más elementales debidas a un invitado, ¡y qué invitado! Jesús manifestó a Simón que esta falta de atención, a la que Él era profundamente sensible, en realidad constituía una falta de amor. Simón, como muchos entre nosotros, era poco consciente de la grandeza del perdón divino. En Betania el Señor no hizo tales reproches. El Maestro era bien recibido, y esto merece ser subrayado porque Marta llevaba la

responsabilidad de la casa. “Y una mujer llamada Marta le recibió en su casa” (cap. 10:38). Esta precisión nos es dada para justificar a Marta, la cual un poco más tarde sería reprendida por el Señor. Esto testimonia que, en lo concerniente al ejercicio de la hospitalidad, no le faltaba el amor.

Sin embargo, 1 Pedro 4:9 nos recuerda oportunamente que la hospitalidad debe ser practicada sin murmuraciones. Por cierto, era mucha faena recibir en su casa al Maestro y a doce de sus discípulos, por lo menos. No obstante Marta, antes de pronunciar una sola palabra, ya había permitido que una pequeña murmuración tomara lugar en el fondo de su corazón, retenida por un momento, pero que terminó por exteriorizarse. De esta visita del Señor y los suyos, sentía ante todo, la carga más bien que el privilegio. Y lo que era aún más grave, hizo un reproche al Señor. Mientras tanto, María no abandonó su lugar, la buena parte que había escogido, la cual no le sería quitada.

“No os olvidéis de la hospitalidad”, recomienda Hebreos 13:2, “porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”. Marta tenía el privilegio de recibir en su casa a Aquel que fue “hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos” (Hebreos 1:4). Jesús terminaría pronto su obra, el cielo se abriría para acogerle, hasta que vuelva a abrirse para acoger a los suyos. Pero, al honrar con su presencia la casa de Betania, Jesús hacía ya de ésta, por un momento, el cielo en la tierra. Y esto es también lo que podemos experimentar, hermanos y hermanas, invitados como lo somos al lugar (Mateo 18:20), primera impresión del cielo, donde el Señor ha prometido su presencia y donde, en la paz, todo fiel goza de su poder y de la realidad de esta presencia.

Otra respuesta a su amor era el interés por la Palabra. Esta respuesta se la dio María, la otra hermana. “El que me ama, mi palabra guardará”, dijo el Señor a sus queridos discípulos. Y la consecuencia es: “Y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). ¿No era justamente éste el privilegio de la casa de Betania? El Hijo, con el Padre del cual él era la perfecta expresión, habitaba allí donde era amado, dando a Marta la insigne ocasión de servirle y a María la de escucharle.

En relación con estas dos mujeres, el Señor es presentado como el Maestro y el Señor. Si bien Marta ilustra el servicio al Señor, quien está por encima de todos, María asiste en la escuela del Maestro (Lucas 10:39). Pero a diferencia de su hermana, distraída con mucho servicio, María, que empezó por escuchar, sabría servir convenientemente en el momento adecuado. Sentada a los pies de Jesús, escuchaba su Palabra. Cuando el Señor habla, conviene escuchar. Esto no es tan sólo una cuestión de modales, sino también de sentido común. Un alumno atento es el primero en ser recompensado.

La doble actitud de María nos enseña sobre este punto. Por una parte, ella estaba a sus pies, lo que significa la reverencia. La Palabra del Señor debe ser escuchada con autoridad, con el sentimiento de que Aquel que nos la expone tiene el derecho de imponer su voluntad. Por otra parte, estaba sentada, es decir, había tomado la posición de reposo necesaria para prestar atención. Que sepamos tomar la actitud favorable, pararnos para escuchar la Palabra de Dios, como Samuel invitó a Saul a hacerlo (1 Samuel 9:27): “Di al criado que se adelante... mas espera tú un poco para que te declare la palabra de Dios”. El

principio de cada día es por regla general el momento más propicio para leer y meditar las Escrituras. Uno aún no está absorbido por el exigente engranaje de las ocupaciones cotidianas, y así será guardado de emprenderlas antes de haber recibido las instrucciones del Señor. Entonces sabrá lo que debe hacer y cómo hacerlo. “Tu siervo soy yo, dame entendimiento para conocer tus testimonios”, pide el autor del Salmo 119:125. Y Jeremías 23:18, 21-22 nos recuerda que antes de correr para cumplir un servicio, el profeta debía permanecer en el “secreto de Dios”. La constante actividad de Moisés o de Josué se explica a la luz de Éxodo 33:11: “Y hablaba Dios a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”, o de Números 7:89: “Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él”.

¡Qué contraste en la actitud de estas dos hermanas! Marta estaba inquieta y se afanaba con muchas cosas, mientras el Señor hablaba. En cambio, María estaba sentada reposadamente. ¿Acaso nosotros no nos ofendemos cuando constatamos que la persona a quien nos dirigimos escucha distraídamente y se ve más interesada en otras cosas? Cuando tenemos algo importante que decir, escogemos el momento adecuado, y contamos con toda la atención de nuestro interlocutor. A causa de esta falta de tranquilidad, y porque no sabemos poner el suficiente silencio en nosotros, muchas veces el Señor no puede darnos a entender sus pensamientos. El Salmo 23 dice: “En lugares de delicados pastos me hará descansar”, y no simplemente: «allí me alimentará». Para el creyente como para la oveja, el reposo es la condición necesaria para una buena alimentación.

Sí, cuando el Señor habla, es necesario escuchar. El puede dirigirse a nosotros directamente por su Palabra, como a María, pero también puede enseñarnos a través de nuestras experiencias y errores. María ilustra la primera manera de aprender, la más sencilla, la más bendita; Marta la segunda. Como para esta última, a menudo el Señor se ve obligado a reprendernos, a corregirnos, a rectificar una opinión favorable que teníamos de nosotros mismos o una opinión desfavorable con respecto a un hermano o hermana. Si aprendiésemos como María, directamente de la Palabra, ésta tendría más autoridad sobre nuestras conciencias y sobre nuestros corazones, y tendríamos menos necesidad de aprender de las experiencias, rudas lecciones de la disciplina o de la reprensión. Sigamos el ejemplo del joven Samuel, quien dijo al Señor: “Habla, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:10).

Más adelante, en la misma aldea de Betania, hallamos los mismos personajes. Pero las lecciones habían sido ya aprendidas. Los capítulos 11 y 12 de Juan nos muestran a las hermanas en una actitud de confianza en la oración, de adoración y de un servicio irreprochable. Lázaro, muerto en el capítulo 11, fue resucitado. En el capítulo 12 aparece como un testigo silencioso, pero que está vivo. Su única presencia a la mesa con el Señor bastaba para referir lo que él le debía a Jesús; era la maravillosa historia de la gracia y del poder divino. En este hombre, la gloria de Dios se hacía visible ante todos (Juan 11:40).

Los versículos 169 a 171 del Salmo 119 nos muestran, en el mismo orden, al fiel **aprendiendo**: “Dame entendimiento conforme a tu palabra”, **orando**: “Llegue mi oración delante de ti”, y **adorando**: “Mis labios rebosarán alabanza cuando me enseñes tus estatutos”. Entonces, ¿cómo oraremos y, sobre todo, cómo adoraremos, si previamente

no nos hemos sentado a los pies de Aquel que quiere enseñarnos a cumplir con inteligencia estos dos servicios cristianos?

María fue objeto de varias críticas: egoísmo, pereza, derroche de tiempo y dinero. Veamos para que en nuestro andar cristiano tales reproches no sean justificados. Cuidémonos de no olvidar las demás actividades cristianas; pero tampoco nos extrañemos de ser el objeto de este vituperio, si todo nuestro afán es honrar al Señor. ¿Acaso vemos a María justificarse o defenderse? En absoluto, y el Señor aprueba su acción públicamente. Y así será con los fieles de Filadelfia que hayan guardado la Palabra del Santo y Verdadero. Él hará comparecer a sus detractores para que conozcan que “yo te he amado” (Apocalipsis 3:9). Que esta promesa contribuya a estimular nuestros corazones para que den al Señor la respuesta a la que su amor tiene derecho: ¡Guardar su Palabra y no negar su Nombre!

J. K.

Última estancia de Jesús en Betania

Sigamos a Jesús en la casa de Marta, en Betania (Lucas 10:38-42). Marta trabajaba mucho; estaba llena de afecto abnegado para recibir bien al Señor con sus discípulos. Por cierto, este servicio no era poca cosa; nadie sabía apreciarlo mejor que Jesús. María, la hermana de Marta, también buscaba el bienestar del amado huésped, pero ella manifestó su apego a Jesús de otra manera: “sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” (v. 39). “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros”, dice 1 Samuel 15:22. A primera vista, la actividad de Marta puede parecer

más útil y oportuna que la actitud de María. Quizás muchos opinan lo mismo hoy en día. Pero Jesús no pensaba así. Para que nuestro juicio sea verdadero, es necesario que esté de acuerdo con el del Señor. En todas las cosas debemos buscar Su pensamiento y actuar en conformidad con él.

Descontenta con su hermana que le dejaba todo el trabajo de recibir a los invitados, Marta se acercó a Jesús y se quejó: “¿Señor, no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (v. 40-42).

En el caso de Marta, no era malo servir; pero “Marta se preocupaba con muchos quehaceres” (v. 40). Todo lo que nos aparte de la persona de Jesús daña, hasta el servicio. Él debe tener el primer lugar en nuestros corazones; sin eso no podemos hacer progresos en su compañía. En vez de afanarse, María escuchaba la palabra de Jesús, sentada a Sus pies. Había escogido una parte que no le sería quitada, ni sobre la tierra, ni en la eternidad; en cambio, el servicio se terminará un día. Si en lugar de disfrutar de Cristo al servirle, el servicio nos aparta de él, nada quedará. En el Cielo, el servicio no podrá ocupar nuestro corazón, el cual allí no tendrá más que a Jesús por objeto.

Lo más importante, mientras esperamos el regreso del Señor, es permanecer a Sus pies para escuchar Su Palabra. El servicio ocupa un gran lugar en la vida del cristiano; es su vida entera: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de

antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Pero antes de servir, es necesario estar a los pies del Señor para escuchar Su Palabra. Así tendremos la inteligencia necesaria para conocer Su voluntad. María nos da un ejemplo notable de ello. Sirvió a Jesús en una circunstancia en la cual nadie pudo hacerlo, cuando, seis días antes de la crucifixión, le ungió con un perfume de nardo puro (Juan 12:3-8). Gracias a lo que había aprendido a los pies del Señor, comprendió que él iba a morir. En presencia del odio de los hombres, testificó sobre lo que Él era para su corazón. Quiso honrarle dignamente. Por eso ella fue la única en hacer algo para Su sepultura (v. 7). Todo servicio fructuoso demanda el conocimiento de Cristo y el apego a Su persona, la cual tiene mayor precio para el corazón que lo que se hace por Él.

¡Que Dios nos conceda parecernos a María, disfrutando ya de la porción que tendremos en la eternidad! ¡Que nos gocemos en el Señor mismo mientras le servimos con el celo de Marta, pero sin dejarnos distraer por lo que hacemos para él!

S. P.

PARA TODOS

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).